

placer con el demonio, bajo aquella falsa imágen, llamada por él Armelina, que con todas las demás mujeres en cuyos brazos se había entregado á los goces de los sentidos. Y no creáis que estas fuesen en corto número, pues ese inmundo animal, calificación que merece mas que la de hombre, hasta había tenido un hijo de su hermana. Nada de lo que digo es secreto; al contrario, son cosas que constan en los procesos que se han formado contra él. Tan poseído estaba ese miserable de su diabólico amor, y tan brutalmente se abrasaba por su querida Armelina, ó sea el demonio en forma de mujer, que muchas veces paseaba con ella en la plaza é iban hablando como dos personas que andan juntas, aunque nadie la veía. Así es que, oyendo hablar y no viendo mas que á Don Benito, todos le juzgaban loco. Oid las maldades que ejecutaba llevado de su amor á Armelina. No bautizaba á los niños que le llevaban con tal objeto, segun se acostumbra entre Cristianos, sino que fingía hacerlo, y los volvía á mandar á sus casas sin bautismo: no consagraba las hostias cuando decía misa, contentándose con aparentarlo, y ocultando el engaño con los gestos usuales y cierto murmullo; en este estado las sometía á la adoración del pueblo. Si alguna vez consagraba realmente la hostia, al elevarla para que la viesen los fieles, como es costumbre, lo hacia trastornando la posición de la figura representada en ella, esto es, poniendo con los pies hacia arriba al crucifijo u otra imágen, en vituperio ó escarnio de Dios y de su santísima fe. Despues las conservaba, para darlas á las mujeres y á los hombres de mala vida, á fin de que las llevasen al juego maldito. De este modo aquel amor diabólico y bestial era causa de tantos pecados. Existe además otro necio y loco del mismo género, cuyo nombre es Pinetto, el cual ama tan desenfrenadamente á un diablo, que se le aparece en forma de mujer, y á quien llama Florina, que me ha dicho muchas veces preferiría arrostarse toda clase de martirios antes de renunciar á tan hermosísima amante, con la cual ha disfrutado de tantos placeres amorosos durante cuarenta años. Su locura ha llegado al punto de no creer en otro Dios que en ella. Ved cuán envueltos se hallan esos miserables hombres en las redes del demonio. Ni os figuréis que esos perversos despreciadores de la santísima y gloriosísima fe de Cristo, en su frenesí amoroso, solo cometan pecados contra la sagrada hostia y la fe; pues ejecutan otros innumerables crímenes: por ejemplo, roban las cosas ajenas, contaminan todos los lugares con sus maleficios, y principalmente están sepultados en los adulterios, estupro, incestos y fornicaciones. No les detiene el cometer los pecados con parientes, hermanas, hermanos y otras personas. Matan á los niños, chupan su sangre, hacen descender del cielo truenos espantosos, devastan los campos y los frutos con crueles tempestades y embravecidos vientos, hasta el punto de parecer que se hubieran conducido con mas templanza los que antiguamente encontraban los frutos, y contra quienes fué hecha la ley escrita en las Doce Tablas.

Apist. Bruja, ¿has puesto alguna vez en acción el trueno y el rayo?

Bruja. Sí, muchas.

Apist. ¿Has assolado las mieses con el granizo ó las tempestades?

Bruja. Una vez sola no; muchas.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Despues de trazar el círculo, inmediatamente se presentaba mi amado Luis, no en forma de hombre, sino de fuego. Entonces empezaba á inflamarse el aire, se oían los truenos, el cielo relampagueaba, y el granizo y la tempestad arrasaban los campos, en especial los de nuestros enemigos, que deseaba ver assolados completamente.

Apist. Dime, ¿por amor á quién causabas tanta ruina?

Bruja. Me inducía á obrar el odio, no el amor.

Dicasto. Tenia el perverso Don Benito, de quien ya hemos hablado, setenta y dos años, cuando le apagamos la llama del criminal amor que profesaba á Armelina, ó sea á su diablo en forma de mujer, con otra llama muy grande, procedente de un enorme monton de leña, y todo quedó convertido en ceniza; tal es la manera de apagar un fuego con otro fuego. Conozco dos personas mas, abrasadas de un amor semejante; una de ellas pasa de los setenta y cinco años; la otra ha visto ochenta solsticios; ambas iban á ese profano y maldito juego ocho veces cada mes. Se sabe por testimonio y confesion de muchos de esos infenos y maldados, que no son una, dos, ni tres brujas, ni se limitan á tres ó cuatro mágicos y hombres perversos los que asisten al diabólico juego; estando perfectamente averiguado que van en gran número y multitud, de suerte que, segun cálculo, se encuentran en esa maldita reunion mas de doce mil personas....

Apist. Oye, buena bruja, dime: has matado algun niño?

Bruja. Uno solo no; muchos.

Apist. ¿Con el cuchillo ó con la maza?

Bruja. Con la aguja y los labios.

Apist. ¿De qué modo?

Bruja. Entráramos de noche en las casas de nuestros enemigos, por las puertas, ó bien por los conductos abiertos á nosotros, y mientras dormían los padres, cogíamos á los niños, los llevábamos junto á la lumbre, les clavábamos la aguja por debajo de las uñas, y colocándolos los labios en la herida, extraíamos tanta sangre como podia contenerse en la boca, trágando alguna, y guardando el resto en un pequeño vaso, que se empleaba despues en elaborar el unguento con que nos untáramos las partes pudendas cuando queríamos ser conducidas al juego.

Dicasto. Para que no creáis que son fábulas, sueños ó meros juegos de la fantasía, y que no ha sucedido nunca real y verdaderamente eso de ir por las casas de este ó aquel matando niños, os diré que se han encontrado pobres criaturas, aun en la edad de la lactancia, con los dedos agujereados debajo de las uñas.

Apist. Responde, bruja; pues me sorprende que no gritasen y llorasen esos niños, cuando los tratábais tan mal, y les clavábais las agujas.

Bruja. Entonces están dormidos, de modo que no sienten; pero luego, cuando despiertan, lloran, gritan, se ponen malos y algunas veces mueren.

Apist. ¿Por qué no mueren todos?

Bruja. Porque los curamos, suministrándoles remedios beneficiosos, en atención á que nos producen grandes beneficios.

Apist. ¿Quién os ha enseñado á usar esos remedios?

Bruja. Los demonios.

Apist. ¿Qué os prometen estos?

Bruja. Una vida larga, grandes riquezas, y continuos placeres carnales, que poseemos y nos proporcionan sumo deleite.

Apist. Dime, por la fe de que careces, ¿te dió alguna vez dinero?

Bruja. Me dió un poco que no tardó en desaparecer. Sin embargo, he reservado unos cuantos sueldos....

Apist. Basta. Pero dime, bruja, ¿conociste que tu amante te estaba engañando?

Bruja. Nunca.

Apist. ¿Cómo es posible? ¿Cuando veías desaparecer el dinero, qué opinabas?

Bruja. No paraba las mientes en ello. Y cuando volvía y nos entregábamos á los placeres amorosos, era tan fuerte el lazo que me echaba al cuello que solo pensaba en él.

Apist. ¿Qué exigía de ti en cambio de tantas promesas, de tantos placeres carnales, de tales muestras de amor?

Bruja. Solo exigía de mí que renegase de la fe de Cristo, que no esperase en este, sino en él, ante quien debía arrodillarme, adorándole y teniéndole por Dios....

Apist. Di, bruja, ¿en qué te diferenciabas de los buenos Cristianos?

Bruja. En nada. Iba á la iglesia; me confesaba en la cuaresma de todos mis pecados, excepto de este; despues me dirigía con los demás á la mesa de la comunión. De este modo no había ninguna diferencia entre mí y las otras mujeres. Mi amante no me prohibía hacer esto; solo me exigía que dijese algunas cosas en voz baja, y que ejecutase algunos actos en secreto; nada mas.

Apist. Refiere el todo, punto por punto.

Bruja. Cuando iba á la iglesia los días de fiesta, me ordenaba que, mientras leía el sacerdote la misa en alta voz (como se acostumbra), dijese en voz baja: No es cierto; mientes con toda la boca. Y cuando levantaba la hostia consagrada sobre la cabeza, para mostrarla al pueblo, á fin de que fuese adorada y reverenciada, quería que volviese á otro lado la vista, y que no la mirase; tambien me mandaba que colocase las manos atras, y que doblase los dedos debajo del vestido, como veís que hago ahora, lo cual equivalía á un soberano desprecio. Luego me decía que no debía descubrir nada de nuestros placeres amorosos al confesor, ni aun de las cosas pertenecientes al juego. Lo demás ninguna importancia tenia á sus ojos, y no se cuidaba de que lo dijese ó callase al confesor. Quería tambien que cuando fuera á comulgar, segun el uso establecido, no bien pusiesen la hostia en la boca, la sacase, fingiendo engargarme los labios, y conservase en el pañuelo para llevarla al juego, con objeto de insultarla y escarnecerla de la manera que he referido antes, y de que la pistearan como va relatado. Además, llevaba siempre cosidas en mi vestido dos hostias consagradas, pues me decía que era tal su virtud, siendo llevadas así, sin respeto alguno, y mas bien con vituperio, que jamas podia confesar nuestros placeres, ni nada del juego, aunque me interrogase el inquisidor, ni con tormentos, ni de ningún otro modo. Sin embargo, como me apremiase el inquisidor, amenazándome con martirizarme gravemente, si no confesaba nuestros delitos, me ordenó aquel demonio feroz que arrojase las hostias en el vaso que me había llevado el carcelero para hacer mis necesidades.

Apist. ¿Ejecutaste esa orden infame?

Bruja. ¡Ay de mí, pobre y miserable! La ejecuté, en efecto. Pero no os duela oír una cosa en extremo horrible y espantosa que sucedió: al romper aquellas sacratísimas hostias en el estiércol con una vara, vi brotar de ellas la sangre viva....

(K) pág. 207.

DE LAS REUNIONES NOCTURNAS DE LAS BRUJAS, Y SI ES VERDADERA SU TRASLACION DE UN PUNTO Á OTRO.

Tomamos lo siguiente de la obra de MARTIN DEL RÍO, titulada *Disquisitionum magicarum*, libro III, c. 16.

« La primera opinión es que aquellas no intervienen en tales cabalgatas y reuniones, sino espiritualmente ó por una ilusión diabólica: así lo pensaron Lutero, Melanchton y otros muchos sectarios; como tambien algunos católicos de España é Italia, por ejemplo, un tal Samuel, fraile francisco, autor de la *Fortaleza de la fe*, Martin de Arles, canonista, y entre los Italianos Ponzinibio, Juan Bautista de la Porta en el libro II de su *Magia natural*, y Alciato en el libro VIII, *Parerg.* cap. 21, en cuya época no se conocía aun á fondo el asunto. Lo mismo opinan Ulrico Molitore (*De Python. mulieribus*, cap. 8), Duareno, y tambien Leonardo Vairo (*De fascino*, lib. II, cap. 13); si bien

sus argumentos son poco fuertes. ¡Pues qué! ¿Asegúrase esto tan solo de mujercillas, como se dejó decir Alciato? ¿De dónde proviene entonces, que tantos hombres doctos, ilustres y prudentes, segun el siglo, confiesan todos los días la misma cosa, y son castigados por ello? Digase que alguno, cuyos sentidos, así interiores como exteriores, están entorpecidos y embotados, y que tiene enferma su fantasía, es víctima del demonio; digase, que una vez dañadas las fuerzas del cuerpo y las facultades del alma, puede el diablo hacer creer al hombre mas cosas que las que se figuran ver los ebrios é hipocondriacos, como enseña San Agustín; que son de tres clases los fantasmas, como notó perfectamente él mismo: y ¿qué se habrá probado con esto? que las brujas pueden engañarse, pero no que se engañen siempre. Ni es mayor prueba lo que él propio dice, acerca de las visiones prodigiosas, en sus cartas á Enodio; pues declaro que las almas no dejan los cuerpos, separándose de la contraria opinion de Bodino; declaro que los sentidos corporales se adormecen á menudo por completo, y que esas imágenes se presentan con una viveza tal que, ya despiertos, creemos haber oído, visto y hecho cosas que no han existido jamas. Sé muchos ejemplos de semejante engaño; como el del reo que, segun decía, había estado en el palacio de Dite (1); el de Gennadio, que creía haber asistido á él en los coros de los bienaventurados (2); el de un filósofo platónico, que se aparecía en sueño á otro, dándole lecciones (3); el de un padre, que mirando á la luz del día á su hija, creía ver una vaca (4).

Y no importa que sus cuerpos fuesen encontrados á menudo yaciendo en el mismo sitio, ni que se movieran de él, como se cuenta de Otao, de Tostato, de Grillando y de otros; ni tampoco el hecho referido en la vida de San German de las mujercillas á quienes parecia dar un banquete, y que sin embargo fueron halladas en sus casas durmiendo, y otras cosas por el estilo. Pues la única consecuencia que se saca es que esas mujercillas suelen engañarse, pero no que se engañen siempre. Si solo nos apoyásemos en conjeturas, tendria sin duda algun peso el argumento de Alciato, cuando pregunta, por qué no pudiera ser que el diablo se encontrase en lugar de la mujer, que hemos dicho se había metido en la cama con el marido? Pero no partimos de conjeturas, y si de la unánime confesion de los reos de todos los siglos, naciones y sexos, eclesiásticos ó nobles, contra la cual no tiene la conjetura valor alguno. Micol engañó á los satélites de su padre sustituyendo, en vez de David, un maniquí: así tambien el demonio, tomando un cuerpo y colocándolo en la cama, puede y suele engañar al marido....

Oponen á esto el libro de San Agustín *De spiritu et anima*, cap. 21, donde se leen casi las mismas palabras que en *c. episcopi* 26, c. 5, que parece excomulgan á los que prestan fe á tales anécdotas de las mujercillas. Ese cánón es el Aquiles de los contrarios; con él se escudan y atacan. Respondo que aquel libro no es de San Agustín, ni de San Gregorio, á quien lo atribuyó el carmelita Juan Beezio, sino de Hugon Victorino, ó bien de Hugon Eteriano: la opinion de su autor, quienquiera que sea, no es otra que la del prenombrado cánón. Algunos disminuyen la autoridad de este, por cuanto es solamente emanacion de un concilio provincial, sujeto á engañarse; pero yo no quiero echar mano de tal recurso. Otros niegan que haya sido dictado por el concilio de Ancira, pues que no se encuentra en los ejemplares griegos y latinos de aquel sínodo; mas tampoco me agrada esta solución, visto que el cánón existe en algunas

(1) ALEX. AB ALEX, *Genial. dier.* lib. 6.

(2) S. AGUSTIN, *Epis.* 101.

(3) S. AGUSTIN, *De civ. Dei*, lib. XVIII, cap. 18.

(4) *Vita sancti Macarie.*

antiguas colecciones de los concilios, en las vidas de los pontífices por Dámaso, si es que son suyas, y en los decretos de Burcardo, libro X, cap. 1, y de Ivon *pars. II*, cap. 30; habiéndose conservado en el decreto de Graciano, corregido de orden del papa Gregorio XIII. Prefiero responder con Victor, núm. 32, con Basino, Alfonso de Castro y otros, que en aquel cánón se refieren algunas cosas que por su naturaleza no puede hacer el diablo, como ver cara á cara y hablar á Hércules y Aquiles, que están en el infierno; cabalgar en animales verdaderos, que no pueden recorrer tanto espacio en tiempo tan breve, y cabalgar con Diana y Herodías, cuando ninguna Diana hay en el mundo, ni cabalga la despreciable bailarina Herodías en ningún punto de la tierra, y si atormentada en el infierno. Por lo cual es una verdadera herejía sostener tales cosas. Pero en el mismo cánón se señalan otros hechos, que no se oponen á la naturaleza de las cosas, ni superan las fuerzas del demonio, cual es esta de que se trata; y el cánón no niega que puedan acaecer; lo que quiere es indicar que no se debe creer sucedan siempre realmente, sino atribuirles algunas veces al desarreglo de la imaginación. Así la verdadera explicación del cánón es, que declara culpados de herejía á los que creen puedan acontecer á las brujas, como ellas afirman, tales y cuales cosas. Porque, para condenar la opinión de alguno, basta que contenga una palabra contraria á la fe; en atención á que la verdad resulta del conjunto, y la falsedad de cualquier defecto particular. En cuyo sentido interpretó las palabras del doctor Navarro (1), el cual, valiéndose de palabras oscuras, engaña á muchos. Dedúcese de lo dicho, que ni aquel cánón, ni el pasaje de Hugón se oponen al dictámen común de los teólogos, ni á la práctica de los inquisidores y de los jueces.

Alciato argumenta por último del modo siguiente: Todas las personas que se hallaban en esas reuniones desaparecieron al oír el nombre de Jesus; luego eran fantasmas, y no seres corpóreos, porque una cosa corpórea no puede disiparse de ese modo. Respondo, que las brujas no desaparecieron; sino que deslumbrados los ojos de los circunstantes, fueron llevadas de allí velozmente por sus diablos; y que aquel vocablo se toma en sentido lato é impropio, pues *desaparecieron*; lo que significa es que *no se volvieron á ver*. Además, Alciato parece opinar que el demonio no puede mover los cuerpos de su sitio; pues sostiene que Cristo no fué llevado por el espíritu de las tinieblas á la cima del templo y de un erguido monte, apoyándose en la autoridad de Orígenes y de San Jerónimo; pero yo demostraré en seguida, que un número mucho mayor de Padres han sostenido la opinión contraria. Por otra parte, en San Jerónimo no hay nada que favorezca á Alciato, y Orígenes le contradice abiertamente: Alciato cita palabras truncadas, poniendo la objeción sin añadir la respuesta de Orígenes.

En vista de todo, solo estimo verdadera la segunda opinión, á saber, que las brujas algunas veces son trasladadas en realidad por el demonio de un lugar á otro cabalgando sobre un macho cabrío ú otro animal (fantástico casi siempre; esto es, llevando el demonio tres ó cuatro juntas, ó en forma de hombre, ó bajo la figura de un cabron aéreo), ó bien sobre un bastón ó un palo de escoba, movido y elevado por el demonio, y que intervienen corporalmente en la infame reunión.

Tal es el dictámen mucho mas general de los teólogos, y hasta de los juriconsultos prácticos de Italia, España y Alemania, entre los Católicos; así opinan también muchísimos escritores, como Torquemada, Grillando, Basino, Remigio en la *Dæmonolatria*, los autores del *Martello* en muchos lugares, Penna en el *Direct. In-*

(1) *Manual*, cap. II, nº 38.

quisitorum; Pedro Damian y un gran número de teólogos mas modernos lo han afirmado, despues de examinar diligentemente la materia. Veamos ahora con qué condiciones se lleva á cabo este misterio de iniquidad, segun refiere Guillermo Neubrigense (1). « En » la provincia de Deiri sucedió una maravilla, que oí » contar cuando era niño. Un Labrador de Vispse, ha- » biendo ido á saludar á un vecino en la aldea vecina, » volvía á média noche achispadillo, cuando de in- » proviso oyó en una altura próxima voces de personas » que cantaban y comían alegremente. Acercóse sor- » prendido, y hallando una puerta abierta, vió una » casa espaciosa é iluminada, llena de mujeres y » hombres sentados. Habiéndole visto un esclavo, le » ofreció de beber: el Labrador aceptó, pero en vez » de apurar el líquido, lo vertió, guardó el recipiente, » y se marchó, huyendo de los que le perseguían. Este » vaso, de materia desconocida, de color extraño, de » forma inusitada, fué llevado á Enrique, rey de In- » glaterra, luego á David de Escocia, y permaneció » muchos años en el tesoro de los reyes escoceses. » Las brujas de Aviñon robaron un niño, que segun » declaró ante el juez, fué conducido á la reunión por » su padre, y vió ejecutar muchas cosas horrendas, hasta » que gritó aterrado *Jesus*, se persignó, é inmediatamente desaparecieron todos y se quedó solo. No pare- » cerá mal que transcriba las palabras de Grillando: » « Despues de hecho el homenaje, el principe de los » demonios encarga sin demora á un diablo la custo- » dia de la mujer de quien no debe separarse nunca, » sino servirla en cuanto desee; y siempre que le toca » tomar parte en los juegos, él se lo advierte, la tras- » lada allí, la enseña; en una palabra, la acompaña » como un marido á su esposa. Acuden á menudo á » esas reuniones, donde se juntan muchísimas muje- » res, y no en espíritu ó en apariencia, sino en forma » verdadera y natural, de esta manera y con este » orden. Un día ó dos ántes de la reunión, se les in- » tima por el demonio guardian que estén prontas tal » noche, á tal hora, para dirigirse al punto donde ha » de verificarse. La mujer, si le asisten justas causas » para no ir, las alega, y son aceptadas. Si con objeto » de no asistir, finge una causa que no existe en rea- » lidad, no se la lleva contra su gusto y se queda en » su casa; pero en castigo de la mentira su espíritu » y su cuerpo son atormentados por el diablo con » grandísimos é incansables dolores, y con calamidades » interiores y exteriores, hasta el extremo de no estar » tranquila ni de día ni de noche; sus tribulaciones » son continuas, y las cosas que hacen se convierten » en humo y perecen al ejecutarlas: Así, para librarse » de tantos males, le es fuerza confesar su pecado y » prometer con juramento que no volverá á negarse. » Cuando declara hallarse dispuesta á ir, en llegando » la noche y la hora, es llamada con una voz casi » humana por el mismo demonio, al cual no da este » nombre, sino el de maestrillo, y otras maese marti- » nito ó martinillo. Entónces la mujer toma el pomo » del unguento, se unta algunas partes del cuerpo, sale » de casa y encuentra siempre á su martinillo aguar- » dándola á la puerta, en forma de macho cabrío, » sobre el cual monta asiéndose fuertemente de los » pelos: en seguida el animal se eleva en el aire, y en » cortísimo tiempo la conduce hasta el nogal de Bene- » vento, donde la deposita suavemente. »

Refiere otras cosas, que están en armonía con lo que los demas doctores dicen que pasa en tales reuniones, pues los citados teólogos citan varios ejemplos y confesiones de reos, que convienen en la traslación corpórea, en las ceremonias de la reunión y en otras circunstancias; expondré las principales en breves palabras, añadiendo algunas mas que me ha referido el dignísimo Pedro Orano, á quien quiero como á un hermano por su doctrina é integridad, y que en los

(1) *Rerum Anglicarum*, lib. I, cap. 38.

años 1397 y 98 fué inquisidor y juez en la causa de las brujas y de las hechiceras de Stavelo.

La varita suele untarse con unguento hecho de materias muy insulsas, especialmente con gordura de niños asesinados. Algunas veces no untan el baston en que cabalgan, sino los muslos y otras partes del cuerpo. Se cree que la primera vez basta hacerse prestar este unguento; pero que luego deben proporcionárselo por medio del infanticidio. Untadas así al juego de la buena compañía, como dicen los Italianos, encuentran un gran fuego, desde donde el demonio sentado en un trono, con una figura horrible, las mas de las veces de macho cabrío ó de perro, preside el acto: le adoran, ya doblando la rodilla, ya levantando los muslos, y en lugar de bajar la cabeza, la echan hácia atras, de suerte que la barba este dirigida al cielo, le ofrecen bujías de pez y ombligos de niños, y en señal de homenaje le hesan las asentaderas. ¿Qué mas? á veces simulan la misa, el agua bendita y otras ceremonias católicas, y ofrecen al diablo sus hijos, ó sémén prolijo, ó alguna partícula de la comunión.

Luego se sientan á la mesa y comen los manjares servidos por el demonio ó que cada cual ha llevado consigo; unas veces bailan ántes del banquete, otras despues. Hay varias mesas, cubiertas de tres ó cuatro platos, ya delicadísimos, ya inspidos é insulsos, en que se colocan segun la dignidad y las riquezas. Ora cada una tiene junto á sí á su demonio, ora las hechiceras están todas á un lado, y los demonios enfrente. No falta tampoco á aquella mesa su bendición, digna del asamblea, y que se compone de blasfemias, con las cuales confiesan que Belzebú es el creador, el dispensador y el conservador de todo: de la misma clase son las gracias que dan cuando se concluye el banquete. He leído las fórmulas, anotadas por la mano de un famosísimo hechicero. Asisten al convite, con el rostro ya descubierto, ya velado por una máscara, un pañuelo ú otra cosa. Acabada la comida, y usando las mas de las veces máscara, cada demonio toma de la mano á su discípula; y para que todo se haga con ritos extremadamente absurdos, volviendo alternativa- mente la espalda y la cara y asidos de las manos en círculo, bailan, agitando á modo de fanáticos la cabeza, y llevando las bujías encendidas que ántes habian ofrecido al demonio, como muestra de adoración. Cantan en su honor versos sobremanera obscenos, ó bailan al son del tímpano ó de la zampoña, que tañe alguno sentado en una planta hendida, y todo lo ejecutan de una manera ridícula y contraria á los usos de los demas: en seguida se mezclan unos con otros y cometen las mayores indecencias.

Cuando se hacen sacrificios, es costumbre que sea al principio, despues de la adoración. Añaden, por último, que cada cual refiere los crímenes cometidos despues de la última reunión, y que se aplauden tanto mas cuánto mas graves y dignos de execración aparecen. El que no ha cometido ninguno, ó los ha ejecutado poco atroces, es azotado cruelmente por el demonio ó por algun hechicero de los mas viejos. En fin, despues de recibir ciertos polvos (que, segun escriben algunos, son las cenizas del macho cabrío, bajo cuya figura es adorado el demonio, y que arde de improviso en su presencia) ú otros venenos, despues de ordenar á cada bruja los delitos que debe cometer y de pronunciar el decreto del *seudo-númen* demonio, *Vengadme ó moriréis*, para que se reconozca la ley contraria á la de la caridad, se vuelve cada cual á sus casas; si vive cerca, á pié; si lejos, del mismo modo que fué conducido. Las reuniones se celebran las mas de las veces en el silencio de la média noche, cuando domina la potestad de las tinieblas; tambien suelen verificarse al medio día, y algunos pretenden que á esto aluden las conocidas palabras del Salmis-

ta sobre el *demonio meridiano*. Las noches en que mas se reúnen son las que preceden al miércoles y al sábado.

El demonio pudiera conducir á las brujas sin el uso del unguento, y lo ha hecho en varias ocasiones; pero, por diferentes causas, prefiere servirse de él; pues las brujas son demasiado tímidas y débiles para atreverse á sostener el horrible contacto del cuerpo que adopta Satanas; y la unción, adormeciendo los sentidos, hace creer á los infieles que aquel unguento posee una virtud maravillosa. Quizá se valga de él para imitar deshonestamente los santos sacramentos instituidos por Dios, y proporcionarse con tales ceremonias algun respeto y veneración en sus orgías. Sin embargo, aunque las personas que desean, movidas de curiosidad, asistir á la reunión, se unten con el unguento y sean trasladadas verdaderamente por el aire (permitiendo esto Dios, como se ha probado repetidas veces, para castigar la curiosidad incrédula de tan temeraria osadía), la virtud del unguento nada influiría en la traslación; siendo asimismo cierto que, si alguno, dotado de una fe sólida, y armado de caridad, se ungiese para probar y disipar los engaños del demonio, sin duda, como dice Binsfeld, no se verificaria ninguna traslación; pues en este caso cesa todo pacto con el demonio, ni Dios lo permitiría. Resulta de lo dicho, que si las brujas se ungiesen, fuera del tiempo destinado á las congregaciones, no volverian ni serian trasladadas, en atención á no haberlo así pactado. Como lo saben, solo se untan cuando han oído la señal de la reunión. Ora reciben el aviso por conducto de su amante, ora por los gritos que lanza en su rápido vuelo la comitiva de la reina de las brujas, ó de algun otro modo. Algunos hechiceros, en virtud de un pacto particular, precediendo cierta señal, untura, ó posición del sombrero ó de la capa, ú otro acto, son, cuando lo estiman conveniente, llevados por el aire; pero con mas frecuencia sucede lo que dije ántes.

Sentado esto, la traslación corpórea se prueba, primero, porque no hay nada que la haga imposible: no falta el cuerpo motor, pues que el diablo toma uno; no obsta la resistencia ó gravedad del cuerpo que es movido, en atención á que excede con mucho á su fuerza la del demonio que lo impele, y que puede remover los montes del sitio que ocupan; no obsta la celeridad con que se verifica la traslación á un punto distante, visto que está en armonía con la agilidad y fuerza de la naturaleza angélica, segun la opinión de San Agustín y de Santo Tomas; y Dios lo permite, existiendo de ello innumerables ejemplos y suministrándolos clarísimos la Sagrada Escritura. Algunos dicen, en primer lugar, que Nuestro Señor Jesucristo permitió dos veces ser trasportado por el demonio, que segun la interpretación de Orígenes, Ambrosio, Crisóstomo, Gregorio, Estrabon y otros, fué el diablo. No me sirvo de este ejemplo, porque, si bien muchos Padres afirman que Cristo fué por su voluntad levantado en el aire y trasportado por el demonio, prefiero creer con Orígenes y Entimio, que Cristo lo que hizo fué seguir al diablo, el cual le guiaba y precedía, su- biendo de este modo al pináculo y al monte. En segundo lugar, se suele decir en corroboración, que algunos demonios, habiendo entrado en un rebaño de cerdos, los dispersaron y precipitaron en el mar (1). En tercer lugar, añaden que el diácono Felipe fué trasladado por el espíritu desde el desierto á Azof (2), y Abacuc llevado de los cabellos á Daniel en Babilonia (3). Á esto responde Ulrico Molitor, que es mal argumento el inferir de lo que hacen los ángeles buenos lo que pueden hacer los demonios, pues es mucho mayor el poder de aquellos que el de estos. Solución vieiosa, no existiendo motivo para decir que en el mo-

(1) *MARC. V*, vs. 13; *MAT. VIII*, vs. 32.

(2) *Act. VIII*, vs. 26 y 40.

(3) *DANIEL*, XIV, vs. 35.